



Pasión
por
Zaragoza

1018

2018

EL REINO DE LOS SENTIDOS

ZGZ18
ZARAGOZA
CONMEMORACIÓN ANIVERSARIOS DE LA CIUDAD

Pasión por Zaragoza
EL REINO DE LOS SENTIDOS

ELISEO SERRANO
Coordinador del volumen

Fundación
iberCaja 

 **Zaragoza**
AYUNTAMIENTO

 **GOBIERNO
DE ARAGON**

Este artículo muestra el **índice** de los contenidos de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

El índice de esta obra se encuentra en el **índice** de esta obra.

ÍNDICE

ZARAGOZA. ECONOMÍA Y SOCIEDAD 14

Antonio Mostalac. La Arqueología de la Zaragoza romana	16
José María Serrano Sanz. Zaragoza y la economía. Novecientos años en cinco historias	31
Vicente Bielza. 1118-2018. De la Saraqusta preindustrial a la Zaragoza postindustrial: morfología urbana	41
Armando Serrano. La Casa de Ganaderos en la Edad Media	55
Asunción Blasco. La presencia judía en la Historia de Zaragoza	68
Carmen Bayod. El Derecho aragonés	80
María Carmen García Herrero. Mujeres cristianas en la Zaragoza bajomedieval	88
Laura Malo. Zaragoza y las mujeres de la aristocracia aragonesa en la Edad Moderna	97
Ana Morte. Conventos, clausura y escritura en Zaragoza	107
Juan Postigo. La Zaragoza criminal	118
Antonio Peiró. Ignacio de Asso, un polígrafo aragonés en la Europa de la Ilustración	127
Eloy Fernández Clemente. La sociedad zaragozana de la primera mitad del siglo XX	135
Vicente Pinilla. El crecimiento de la ciudad de Zaragoza y el espacio económico aragonés. 1850-2018	144
Mónica Vázquez. Los antiguos cafés de Zaragoza como espacios públicos de sociabilidad	153
Raúl Postigo, Ángel Pueyo y Rafael de Miguel. Zaragoza en el siglo XXI : ciudadanía y tecnología	162

ZARAGOZA. POLÍTICA 176

Carlos Laliena. Zaragoza, principado taifa y capital del reino de Aragón. 1018-1118	178
Esteban Sarasa. Zaragoza en los siglos XIV y XV	189
Angel Sesma. Las Cortes de Aragón en la Edad Media (Reflexiones en torno a su nacimiento y constitución)	198
Javier Gil Pujol. Zaragoza ciudad y cabeza de reino	208
Jaime Elipe. La llegada del príncipe Carlos a Zaragoza y las Cortes de 1518	218
B. Alice Raviola. Los esponsales de Catalina Micaela de Habsburgo y de Carlos Manuel I de Saboya (1585). Fiestas en Zaragoza, consecuencias políticas en Europa	225
Jesús Gascón. Zaragoza, 1591: tierra de libertad	230
Enrique Giménez. Zaragoza en la encrucijada 1700	240
José Francisco Forniés. La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País y Zaragoza	247
Daniel Aquillué. Zaragoza, de los Sitios a sus mitos	258
Carlos Forcadell. Del pesimismo regeneracionista a la modernización urbana. 1888-1908	268
Julián Casanova. República, guerra, dictadura	277
Alberto Sabio. La democracia al alcance. La Zaragoza de la transición	283

ZARAGOZA. CULTURA Y RELIGIÓN 298

Gabriel Sopena. Apuntes acerca de la religiosidad de los iberos	300
María Victoria Escribano. El Concilio I de Caesaraugusta (ca. 379/380) y la disputa del priscilianismo	310
Federico Corriente. Abu Bakr Algazarr, el poeta de la Aljafería	320
Magdalena Lasala. Orgullo de amar la cultura. La poesía de la taifa de Zaragoza. 1018-1118	328
Domingo Buesa. La sede de Zaragoza en la Edad Media. Lacreación del arzobispado de Zaragoza. 1318	346
María José Cervera. La Aljamía de los mudéjares y moriscos aragoneses	357
Miguel Ángel Pallarés. La imprenta incunable en Zaragoza	363

Juan Ramón Royo. La diócesis de Zaragoza en la Edad Moderna	372
Manuel Peña y Doris Moreno. Pasión, muerte y fortuna de Pedro de Arbués, inquisidor	380
Ignacio García Pinilla. Protestatntes en Zaragoza en el siglo de la Reforma	388
Isidoro Miguel García. Fray Hernando, último prelado de la Casa real de Aragón	395
Aurora Egido. Baltasar Gracián en Zaragoza: razón y pasión	405
Eliseo Serrano. Devociones en Zaragoza en la Edad Moderna	415
María Victoria López-Cordó. Josefa Amar y Borbón y la educación de las mujeres	427
Enrique Solano. La Universidad de Zaragoza	437
Javier Turrión. Einstein en Zaragoza	445

ZARAGOZA. LAS ARTES

458

Javier Peña. Saraqusta	460
Bernabé Cabañero. Circunstancias históricas que explican la construcción del Palacio Aljafería de Zaragoza	472
Rafael Usón. El santuario de santa María la Mayor o del Pilar en 1118, año de la reconquista de Zaragoza	487
María Carmen Lacarra. La ciudad gótica	495
Carmen Morte. El Renacimiento en la “bella” ciudad de Zaragoza	507
Jesús Criado. Arte y Contrarreforma en Zaragoza	518
Juan Carlos Lozano. Goya y Zaragoza	526
Luis Antonio González. Zaragoza. La música	534
Luis Alegre. Zaragoza y el cine: un idilio formidable	542
Concha Lomba. Modernidad y vanguardia en la ciudad de Zaragoza, 1900-1939	554

EXPOSICIÓN

564

Armando Serrano. Pasión por Zaragoza. El reino de los sentidos	567
Entrada	572
Caesaraugusta	574
San Braulio, obispo de Zaragoza	576
1018, el reino taifa	578
1118, la conquista cristiana	586
1218, la Casa de Ganaderos	594
1318, creación del arzobispado	602
1518, la jura de Carlos V	614
1618, la Universidad de Zaragoza	616
Los santos de la ciudad	618
1718, la basílica del Pilar	620
1918, reivindicación de Aragón	622
Calle-pasillo con vistas de zaragoza	623

En el año 2018 se celebraron varios actos para conmemorar diversos hechos históricos relacionados con la ciudad de Zaragoza, aniversarios que van desde la Edad Media hasta nuestros días, y a través de los cuales se puso de relieve la extraordinaria importancia que, a lo largo de los tiempos y enfrentada a no pocas encrucijadas, ha vivido la ciudad. Una de esas actividades fue la realización de la exposición “Pasión por Zaragoza”, cuyo contenido, más los estudios introductorios a las distintas áreas, quedan recogidos en las páginas de este libro-catálogo.

El que tienen en sus manos es un volumen multidisciplinar, con valiosas aportaciones a la historia zaragozana realizadas desde perspectiva histórica, artística, económica, social, literaria, cultural o jurídica, y realizadas por personalidades y profesionales de cada uno de esos campos del saber. Aportaciones que actualizan el conocimiento y la mirada sobre la ciudad, y que contempladas desde una perspectiva amplia y holística, contienen una hilatura subterránea que permite descubrir, al paso de su lectura, un latido común común en las vidas de los que han habitado la ciudad a través de los siglos, los protagonistas últimos de todos los escritos. Además, en este volumen se suma a estos estudios el contenido de aquella exposición, detallándose la reproducción y explicación de las piezas que compusieron esa muestra.

De este modo con estas páginas, además de cerrar el ciclo conmemorativo programado en 2018, se pone en manos de los lectores una obra cuidada hasta el más mínimo detalle, en la que se refleja una síntesis del devenir zaragozano, y con la que cualquier interesado podrá acceder a un imprescindible libro de consulta sobre la ciudad de Zaragoza.

José Luis Rodrigo Escrig
Director General de la
Fundación Ibercaja

Sara Fernández Escuer
Vicealcaldesa y Consejera de
Cultura y Proyección Exterior
del Ayuntamiento de Zaragoza

Felipe Faci Lázaro
Consejero de Educación, Cultura
y Deporte del Gobierno de Aragón

Introducción

El diccionario de la Real Academia Española define pasión, entre otras acepciones, como apetito de algo o afición vehemente a ello; también como inclinación o preferencia muy vivas de alguien a otra persona. Por Zaragoza, resuelve la ecuación y aclara “algo” y “ello”. Es la ciudad, el enclave milenario a orillas del Ebro y sacudido por el cierzo que le dotan de personalidad, el objeto y el fin de nuestro apasionamiento, de nuestro interés, de nuestra preferencia muy viva. Porque amamos y nos apasiona lo que conocemos.

La larga nómina de autores de este libro que, por fin, respetado y discreto lector, tienes en tu mano, participan del interés, afecto, inclinación por una ciudad que sienten como suya por pertenecer a ella por vínculos de nacimiento o residencia, por ser objeto de su estudio e investigación o por todo ello a la vez.

Este es un libro muy especial. Por su gestación, desarrollo y presentación final. Fue concebido como el catálogo de una exposición excepcional celebrada con motivo de los diversos Centenarios que acogió el año 2018, pródigo en actos culturales vinculados a las efemérides celebradas, organizados por las más altas instancias culturales, sociales y políticas de la Comunidad y de la ciudad y con alta repercusión cultural y ciudadana. El Ayuntamiento de Zaragoza, el Gobierno de Aragón, las Cortes de Aragón, la Fundación Ibercaja, la Universidad de Zaragoza, la Fundación Casa de Ganaderos, el Arzobispado de Zaragoza, el Justicia de Aragón, Turismo Aragón y la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis firmaron el 6 de abril de 2018 un convenio de colaboración con las miras puestas en el desarrollo de un ambicioso programa, coordinado por la Real Academia, con el objetivo de, como indicaron muchos de los representantes de las citadas instituciones, ofrecer “una reflexión profunda del pasado” que permita “recuperar la historia y construir el futuro desde la identidad de Zaragoza”. Se insistió en reflejar la “densidad de historia” y el “cruce de cultura y diversidad” que reúne la ciudad, proyectándola al mundo, poniendo el acento en el capital humano y lo que se puede aportar al desarrollo de la ciudad y de las sociedades actuales.

Con un centenar largo de actos en los más significativos espacios de Zaragoza -La Aljafería, el Patio de la Infanta, el Paraninfo de la Universidad, el monasterio del Santo Sepulcro, Auditorio, Museo romano, Museo de Zaragoza, palacio arzobispal, antigua Capitanía, Casa de Ganaderos, palacio de Sobradriel, iglesia de La Mantería, colegios y calles de la ciudad-, los ciudadanos pudieron asomarse a las más variadas manifestaciones artísticas, sociales y culturales y cuyo cumplido relato recoge el libro *Zaragoza 2018. Un homenaje a la ciudad desde la Real Academia de Bellas Artes de San Luis*.

El libro, al que precede esta introducción, recoge 53 intervenciones de 56 autores, la mayor parte ellos investigadores de la universidad de Zaragoza, pero hay también autores de otras seis universidades y del CSIC. Una nómina que podía haberse ampliado pues no son pocas las temáticas particulares que no han podido abordarse. Pero son todos los que están. Son especialistas y serios investigadores sobre Zaragoza. En todos los capítulos nos ofrecen sus mejores saberes y se resume todo lo que conocemos hasta hoy sobre la temática elegida proponiendo, llegado el caso, nuevas interpretaciones y visiones, sin desdeñar las polémicas.

El volumen se articula en torno a cuatro grandes apartados que abarcan todos nuestros conocimientos sobre la ciudad en su evolución histórica. Zaragoza siempre ha causado una cierta fascinación en los autores que han escrito, muchas veces con apasionamiento, otros con la distancia que marca el ojo del forastero pero nunca con desinterés, frialdad o desidia. Viajeros, políticos, militares, mercaderes, misioneros pasaron o tuvieron como meta del viaje Caesaraugusta, Sarakusta o Zaragoza y de ellos aprendimos esa visión que transmitieron de la ciudad como la blanca, la harta, la que tenía cierto olor de Italia. Diego Murillo, a comienzos del

siglo XVII, en un soneto proemial a sus *Excelencias de la ciudad de Zaragoza* escribió: “un pantheon más celestial que humano / una segunda Roma santa, y justa / esto es en suma la Imperial Augusta”. Ponderaron su arquitectura y urbanismo, resultado de la planimetría de campamento romano, su transformación por las reglas del callejero musulmán o cristiano o de la construcción de palacios renacentistas y apertura de nuevas vías, la lenta y costosa reconstrucción de una ciudad reducida a ruinas y escombros por la sinrazón de una guerra con el francés y el levantamiento de nuevos edificios en la moderna transformación de comienzos del siglo XX con el optimismo burgués de la celebración de la Exposición Hispanofrancesa.

La *urbs* fue creciendo, intramuros con la conquista musulmana, luego ampliando el caserío y rompiendo todas costuras romanas, levantando la cerca medieval y crando nuevos barrios cristianos, después haciendo ver el poder económico de comerciantes y nobles con el levantamiento de arquitecturas y palacios sin par, generando un *sky line* singular, con una sinfonía de torres, de la Magdalena a la del Trovador en la Aljafería, muy apreciables en el plano de Casamayor de 1769, reconstruyendo la ciudad de los Sitios y finalmente con nuevos barrios con nueva sociología fruto de la emigración rural.

Decía Paul Bowles en uno de sus celebrados ensayos sobre viajes que lo que le emocionaba y justificaba el esfuerzo de ver un paisaje era la presencia humana, las gentes y su modo de vivir, siempre diferentes; que fuesen espacios vividos. Lo importante son las personas que han vivido o viven en un lugar. Y emociona recordar las calles, las casas, los espacios, pensando en los que recorrieron esas calles, habitaron esas casas o pasearon esos espacios. Una Zaragoza habitada que ha dejado sus huellas a lo largo de su milenaria historia es la que se ha pretendido traer aquí a través de estas aportaciones. No es un texto definitivo sobre la ciudad y sus gentes, ni siquiera abarca todo lo que podría ser objeto de estudio; es sin embargo un recorrido emocionado por una ciudad abierta y acogedora y por la historia de sus gentes, sus afanes y creencias y la búsqueda del progreso social y ciudadano, esquivo, esforzado y violentado en ocasiones pero que como escribió Galdós en sus *Episodios Nacionales*, “la reducirán a polvo: de sus históricas casas no quedará ladrillo sobre ladrillo; caerán sus cien templos; su suelo abrirse vomitando llamas; y lanzados al aire los cienientos, caerán las tejas al fondo de los pozos; pero entre los escombros y entre los muertoshabrá siempreuna lengua viva para decir queZaragoza nose rinde”. En la búsqueda de la felicidad, tampoco.

Desde comienzos del siglo XX la historiografía señala que todo estudio regional o nacional debe comenzar por el análisis de las estructuras económicas y sociales, sin determinismos pero con la conciencia clara de que van a mediatizar, aunque tampoco hay que desdeñar caminos bidireccionales, la política, la cultura, las artes. De este modo el primer apartado se ocupa de la Economía y Sociedad, con artículos de índole general como las panorámicas de Zaragoza y la economía o de Saraqusta a la Zaragoza postindustrial o la ciudad de Zaragoza y el espacio económico aragonés. Estos recorridos nos ofrecen fotos fijas en momentos claves y diacronía de los fenómenos económicos. Asuntos importantes y claves para la transformación de Aragón y la creación de una personalidad e identidad propias lo es el Derecho y también las relaciones sociales de las distintas comunidades de creyentes establecidas en la ciudad. En los últimos tiempos ha cobrado importancia los estudios sobre la mujer, en igualdad, como protagonista de la historia; se pretende con las investigaciones reparar una injusticia agravada con el paso de los años. Hoy contamos con luminosos trabajos sobre la presencia, vivencias e historia de la mujer como sujeto y en su trayectoria social y algunos aspectos de estas experiencias se recogen en este libro. Más trabajos indagan sobre la criminalidad, las experiencias conventuales, algunos nombres de la sociedad ilustrada, la institución económica más antigua de España: la Casa de Ganaderos, la sociedad zaragozana en el siglo XX o los cafés como espacio de sociabilidad. Este apartado se cierra con una prospectiva de la ciudad en el siglo XXI con despliegue de TICs.

La Política abarca la historia política de la ciudad, en su relación con el reino de Aragón, como capital que fue, y en su inmersión hispana, con sus afanes y desventuras. El recorrido desde el principado taifal, de esplendorosa trayectoria y del que nos quedan monumentos tan imponentes como el Palacio Aljafería, palimpsesto de culturas pero en el que late con fuerza la estructura del siglo XI, pasando por su encaje y capitalidad en las edades Media y Moderna y en las que fue testigo y a veces protagonista de rebeliones antimonárquicas como la de 1591 o grandiosos espectáculos como la boda real de la hija de Felipe II. La particularidad y originalidad de su sistema político tienen en las Cortes del reino uno de sus principales hitos y Zaragoza fuerza, empeño y motivación para liderarla no sin fricciones con los otros estamentos. Zaragoza en la Guerra de Sucesión fue una ciudad desgarrada, con fidelidades en uno y otro bando y en diferentes tiempos, pero su empuje acabó ofreciéndole un siglo ilustrado en el que sobresaldrá una dinámica Sociedad Económica, puntal de brillantes proyectos como el Canal Imperial de Aragón o la Misericordia. Pero nuevamente la sinrazón apareció en el horizonte y los zaragozanos debieron afrontar, con decisión y heroísmo, una cruenta guerra contra el francés, llamada de la Independencia, cuyos Sitios agrandaron la fama y crearon el mito del aragonés indomable. Fue en su Centenario cuando la voluntad modernizadora de algunas élites locales en un contexto de dinamismo económico y social consiguió que la ciudad diese un gran paso hacia el cosmopolitismo y emprendiera nuevas vías de desarrollo. Los vaivenes en la Transición con la lenta consolidación de la democracia dejaron en Zaragoza huellas en la política y en la sociedad, del mismo modo que la esperanza de una mejor sociedad anunciada tras el triunfo republicano de 1931 se vio truncada por décadas de dictadura franquista tras una cruenta guerra y la siguiente represión.

Cultura y religión pueden ser dos conceptos que nos permiten abarcar muchos aspectos muy definitorios de la ciudad a través de los siglos. Uno de los centenarios celebrados fue la creación del arzobispado en 1318 y su historia y la de sus arzobispos ha sido pródiga en actividad eclesial y de mecenazgo. Se nos trae la historia de uno de ellos, don Hernando de Aragón de estirpe real. La presencia e influencia de la religión se manifiesta desde los comienzos, por ello se analizan aspectos de la religiosidad ibera. Las culturas y religiones cristiana, judía y musulmana se descubren en las huellas seculares: desde el Concilio de Zaragoza al poeta Abu Bakr de la Aljafería, pasando por los protestantes zaragozanos y aragoneses del siglo XVI. Además del análisis de la aljamía, la cultura y poesía andalusí, o las devociones modernas de la ciudad, de santa Engracia al Pilar. La imprenta incunable de Zaragoza representa uno de los hitos culturales hispanos y la figura de Baltasar Gracián que pasó temporadas en la ciudad se agiganta con el paso de los años. Otros personajes contextualizados son el inquisidor Arbués y la ilustrada Amar y Borbón, una figura que representa la resistencia de algunas mujeres en la historia a no quedar preteridas. La universidad, con sus vaivenes, se afianzó como la primera institución de enseñanza, con marcado acento contrarreformista en sus primeros siglos. Pone el broche a este apartado la presencia de Einstein en Zaragoza y las actividades que desarrolló en la las aulas universitarias.

Finalmente, las Artes ocupan el cuarto apartado. Aquí se analizan edificios singulares como el Palacio Aljafería, con especial interés en las etapas constructivas del palacio o el santuario de santa María la Mayor (el Pilar) en 1118, año de la reconquista de Zaragoza. Tres capítulos tratan de la ciudad, su urbanismo y arte en su conjunto: el dedicado a Saraqusta, el de la ciudad gótica y el de la ciudad renacentista. En todos ellos se señalan obras de interés y se contextualizan con las influencias de las corrientes artísticas del momento. La Contrarreforma y sus manifestaciones de artes plásticas recogen los ejemplos más significativos de capillas eucarísticas, cultos y advocaciones marianas. Un amplio espectro asume las páginas dedicadas a la Música, sobre todo desde el siglo XVI a nuestros días y sus expresiones en la ciudad. Aunque Zaragoza no haya saldado totalmente la deuda que tiene

contraída con Goya, cada vez más la ciudad, su educación, vivencias y amistades son referencia inexcusable en el estudio del artista. Zaragoza fue cuna del cine y desde el lejano final del siglo XIX hasta la actualidad, la ciudad ha mantenido el idilio, con figuras como Chomón, Buñuel, Forqué, Borau... Se cierra este apartado de las Artes con un repaso a las vanguardias artísticas hasta 1939: de los modernistas y regionalistas en la Exposición de 1908 a los nuevos realismos pasando por Barradas o Durbán.

Las últimas páginas de este libro las ocupa la Exposición que da título al mismo, con introducciones precisas y detalle de todas las piezas que fueron exhibidas.

Si has llegado hasta aquí, estimado lector, espero que este aperitivo presentación de lo que puedes encontrar en las páginas siguientes estimule tus propios apetitos ante el banquete ofrecido más adelante y que, al modo platónico, no deja de ser un diálogo de amor, en este caso, con la ciudad de Zaragoza.

Este libro debiera haber visto la luz mucho antes. Imponderables diversos de cuyo pormenor no debemos dar publicidad y sobre todo la pandemia, que paralizó la vida cotidiana, reprogramando actividades e intereses, obligaron a reconducirlo hacia fechas factibles. Pero lo importante es que lo tienes en tus manos. No puedo acabar estas líneas introductorias sin mostrar mi agradecimiento público a las instituciones y personas que han ayudado a poner este edificio en pie. Las instituciones figuran en el listado incluido en el consorcio Zaragoza 2018 y que he enumerado al comienzo de esta introducción. Especial reconocimiento debo a quienes han editado el libro: Gobierno de Aragón, Ayuntamiento de Zaragoza e Ibercaja. Y en cuanto a las personas, son muchas las que han apoyado este proyecto, desde los autores de los artículos a los trabajadores en el arte final, pasando por el Director General de Cultura del Gobierno de Aragón y los responsables de la Fundación Ibercaja. Recibido el encargo por iniciativa de la Real Academia de Bellas Artes de san Luis, fue su director Domingo Buesa quien más cerca estuvo de su realización, por lo que quiero mostrarle mi reconocimiento y gratitud.

Eliseo Serrano
Universidad de Zaragoza

ARTE Y CONTRARREFORMA EN ZARAGOZA

Jesús Criado Mainar

Universidad de Zaragoza

El altar de San Bernardo.

El 4 de diciembre de 1563 tuvo lugar la clausura del Concilio de Trento (1545-1563), la reunión ecuménica con la que la Iglesia Romana intentó hacer frente al nuevo *statu quo* que la ruidosa eclosión de la Reforma había desencadenado en el Occidente cristiano.¹ El objetivo último de reunificación, si es que realmente existió, no se cumplió pero la convocatoria conciliar sirvió para redefinir los principales dogmas de fe que habían cuestionado los reformadores y para establecer una nueva estrategia de actuación que pasaba por mejorar de manera apreciable la formación del clero y apoyar la acción de algunas órdenes religiosas de nueva creación a las que se concedió un papel de gran relevancia, sin posponer la puesta al día de las tradicionales. Se consideró fundamental otorgar una mayor visibilidad al dogma eucarístico –con diferencia, la cuestión de más peso en conflicto–, así como reforzar el culto a la Virgen y divulgar el valor ejemplarizante de los mártires y los santos, aspecto este último muy criticado por ciertos sectores reformados que dirigían su rechazo a la práctica de un culto acrítico y sobredimensionado a las reliquias, en su opinión abiertamente idólatra.

Todo ello cambió en poco tiempo la faz de la Iglesia Romana, dando paso a la nueva era de la Iglesia triunfante de la Contrarreforma. Y también condicionó la cotidianidad de una sociedad como la de la Edad Moderna en la que la religión lo era todo: el propio Felipe II se había apresurado a jurar y acatar los decretos del tridentino y, con él, todos sus súbditos de la Monarquía Hispánica. Más allá de los graves problemas religiosos de Flandes, un territorio que vivió un episodio desgarrador, el Rey Prudente gobernaba un imperio católico en el que no se ponía el sol.

En Zaragoza, capital del viejo Reino de Aragón y cabeza de provincia eclesiástica,² el pontificado del cisterciense fray Hernando de Aragón (1539-1575), último prelado cesaraugustano de la Casa Real, contribuyó a crear un clima de reforma que se fue afianzando mientras progresaban las sesiones conciliares.³ En cierto sentido, su labor anticipó –y, sobre todo, allanó– la de otros obispos aragoneses de la fase inicial de la Contrarreforma⁴ entre los que sobresale Pedro Cerbuna, prior de la catedral del Salvador (1572-1585) con la mediación de fray Hernando y más tarde obispo de Tarazona (1585-1597), pero por encima de cualquier otra consideración, para nuestra ciudad verdadero artífice de la fundación de su Universidad en 1583.⁵

A lo largo de su mandato, fray Hernando de Aragón se mostró muy preocupado por sostener las necesidades materiales del culto, amén de prestar una atención especial a la adecuada conservación y mejora de las propiedades de la mitra.⁶ En Zaragoza trasformó en profundidad el palacio arzobispal y sufragó la onerosa ampliación del templo metropolitano (entre 1546 y 1550), a cargo del maestro de obras Charles de Mendibe y que consistió en añadir dos tramos a cada una de sus cinco naves más las capillas del perímetro para configurar lo que las fuentes denominan el «cuarto nuevo». Además dotó de forma muy lujosa una de esas capillas, dedicada a San Bernardo, para acoger su sepelio y el de su madre.⁷ En su pontificado tuvo lugar la tormentosa instalación de la Compañía de Jesús en la Ciudad del Ebro, a la que se opuso durante un tiempo y sobre la que hemos de volver. Ninguno de sus sucesores en la sede de San Valero de las décadas finales del siglo XVI y las primeras del XVII presenta un perfil, ni de lejos, parecido al de este eclesiástico singular.

El devenir de la historia ha sido cruel con muchos de los monumentos e instituciones que participaron de forma activa en este cambio de ciclo en nuestra ciudad, que en unos casos han desaparecido –como ocurre con la mayoría de los conventos y colegios eclesiásticos fundados por entonces– y en otros han perdido aquellos conjuntos de arte sacro que de un modo u otro marcaron su adhesión a la nueva religiosidad tridentina. A pesar de ello, todavía perduran huellas suficientes, literarias y materiales, para imaginar la importancia de los cambios que produjo la substitución de la efímera Zaragoza humanista del Renacimiento por la Zaragoza sacra de la Contrarreforma.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

El altar de San Bernardo.

azulejos y el suelo se tapizó con un pavimento de «piedras negras bruñidas, que parecen espejos, y en ellas encaxadas algunas puntas, y listas de piedras blancas de alabastro».

La descripción de este conjunto desaparecido coincide en muchos aspectos con el trasagrario de la parroquia de San Miguel de los Navarros de la capital aragonesa, edificado por esos mismos años (entre 1603 y 1607) a instancias de la familia Climent.¹² Esta capilla eucarística es, en efecto, un recinto de planta cuadrada alojado entre la trasera del retablo mayor y el ábside mudéjar que se cubre con una linterna octogonal apeada en trompas de ángulo. Tres de sus cuatro paredes están cubiertas con pinturas sobre lienzo en las que se ilustran prefiguraciones eucarísticas que en parte coinciden con las que Pellegrino Tibaldi había pintado poco antes (1586) en el trasagrario de la basílica escorialense.¹³ En el cuarto lado, en correspondencia con el retablo mayor, se asentó un retablito flanqueado por pinturas murales con los profetas Jeremías e Isaías cuyo compartimento central, con la Adoración de los pastores, es un doble batiente que al abrirse daba acceso a la trasera del sagrario instalado en el centro de la predela del retablo mayor, aunque este mecanismo fue desbaratado en una desafortunada intervención en 1958. Todo queda enmarcado bajo una armoniosa trama arquitectónica que concluye en un entablamento con friso recorrido por una inscripción en letras de oro que desvela el nombre de los comitentes y la fecha de conclusión de los trabajos en 1607. Como sucedía en el convento de Jesús, las pinturas –de singular interés iconográfico– descansan sobre un arrimadero de azulejos rehecho en fecha reciente; en este caso también el pavimento se confeccionó en idéntico material.



Retablo del trasagrario. Parroquia de San Miguel de los Navarros. Autores desconocidos, 1603-1607. Foto Antonio Ceruelo.

12. Javier IBÁÑEZ FERNÁNDEZ y Jesús CRIADO MAINAR, «El trasagrario de la parroquia de San Miguel de los Navarros de Zaragoza (1603-1607)», *Aragonia Sacra*, XIV (1999), pp. 101-114.

13. Rosemarie MULCAHY, «A la mayor gloria de Dios y el Rey». *La decoración de la Real Basílica del Monasterio de El Escorial*, Madrid, Patrimonio Nacional, 1992, pp. 125-141.

14. Un culto de origen bajomedieval y con una tradición muy consolidada en la Corona de Aragón que se reactivó en este momento. Para Zaragoza y su entorno véase Jesús CRIADO MAINAR, *Culto e imágenes de la Virgen de la cama en el Aragón occidental. El tránsito de María y la devoción asuncionista en la Comunidad de Calatayud*, Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos, 2015, pp. 61-76.

15. Una aproximación incompleta en Carmen MORTE GARCÍA, «Devoción a Nuestra Señora del Rosario en Aragón. Primeras manifestaciones artísticas», *Aragonia Sacra*, XII (1987), pp. 115-134.

16. Ángel SAN VICENTE, *La platería de Zaragoza en el Bajo Renacimiento. 1545-1599*, Zaragoza, Librería Pórtico, 1976, t. III, pp. 159-163, docs. núms. 86 y 87.

17. Que presidía el retablo mayor de su iglesia, como estipula el contrato rubricado en 1595 con Miguel de Zay para su realización. En Ángel SAN VICENTE, *Lucidario...*, ob. cit., pp. 517-520, doc. n.º 425, espec. p. 518. Aunque el retablo se conserva en la iglesia jesuítica de San Vicente mártir de Tarazona, el grupo titular de la *Inmaculada Concepción y el Arbol de Jesé* fue relegado a raíz del traslado y nada sabemos de su destino final; en Jesús CRIADO MAINAR, «El antiguo retablo mayor del Colegio de la Compañía de Jesús de Zaragoza: una obra identificada», *Ariagrama*, 22 (2007), pp. 543-566.

18. Jesús POLO CARRASCO, *Los juramentos inmaculistas en Zaragoza. 1617-1619*, Zaragoza, C.A.Z.A.R., 1987. El autor compendia en esta obra sus aportaciones precedentes al tema.

19. En los *Annales Ecclesiastici* (1588-1607) y el *Martyrologium Romanum* (1586-1589). Véase, en particular, Eliseo SERRANO MARTÍN, *El Pilar, la historia y la tradición. La obra erudita de Luis Díez de Aux (1562-ca. 1630)*, Zaragoza, Mira Editores, 2014, p. 46.

Las advocaciones marianas. Los santos zaragozanos y el culto a sus reliquias

La Iglesia de la Contrarreforma no aminoró la intensidad que el culto a la Virgen había alcanzado en los últimos siglos medievales; eso sí, sentó las bases para focalizarlo en torno a determinadas advocaciones, entre las que sobresalen las de Nuestra Señora del Rosario y la Inmaculada Concepción de María, aunque también pueden mencionarse algunas más, caso de la Virgen de la Soledad –promovida por los franciscanos mínimos– o la Virgen de la Cama.¹⁴ A pesar de ello, en la Zaragoza de la época el «triumfo» mariano acabaría cayendo del lado de Nuestra Señora del Pilar.

La promoción de la Virgen del Rosario era patrimonio de la Orden de Predicadores, pues sus religiosos creían que la Madre del Redentor había encomendado personalmente a Santo Domingo de Guzmán la difusión del rezo del salterio, aunque lo cierto es que la articulación de las cofradías encargadas del mismo se debe a la labor mucho más tardía de fray Alain de la Roche (†1475). En Zaragoza tenía su centro en el convento de Santo Domingo, donde además de una gran capilla bajo dicho título, fundada a finales del siglo XV y perteneciente a la familia Torrero, existía una cofradía del Rosario que era propietaria de un altar adosado a uno de los pilares del templo. Lo presidía una imagen procesional muy devota que en los años setenta del siglo XVI se convirtió en referente obligado para la mayoría de las que encargaron otras hermandades de este título fundadas en localidades del entorno de la ciudad a partir de 1573, cuando Gregorio XIII estableció la fiesta de la Virgen del Rosario y situó su celebración el 7 de octubre, aniversario de la victoria de la Santa Liga en Lepanto.¹⁵

El éxito de este popular rezo se explica por su extrema sencillez y su capacidad de generar un sentimiento de cohesión entre los devotos. El mejor testimonio de su fortaleza en la Ciudad del Ebro en los años inmediatos al Concilio de Trento es que en 1588 los condes de Sástago donaron una lujosa Virgen del Rosario de plata con andas del mismo material y otros complementos al convento dominico, para la que un año después se hicieron unas gradas, asimismo de plata.¹⁶

El culto inmaculista tiene un origen mucho más antiguo que el del Santo Rosario, ya que entronca con la Iglesia oriental. Fundada en una creencia difícil de asumir para algunas escuelas teológicas y que no alcanzaría el rango de dogma de fe hasta 1854, la concepción sin mácula de María fue objeto de un aristado debate en el seno de la Iglesia Romana que también tuvo su reflejo en nuestra ciudad. La familia franciscana, la carmelitana y la Compañía de Jesús –que puso su colegio zaragozano bajo título¹⁷ de la Inmaculada– se posicionaron abiertamente a su favor, pero los dominicos y otros teólogos seculares se opusieron con una firmeza en absoluto inferior. Finalmente, en 1617 la Universidad de Zaragoza hizo voto y juramento inmaculista al que siguieron en 1619 los del concejo municipal y el cabildo de Santa María la Mayor.¹⁸ En cualquier caso, estos gestos de tanto peso no consiguieron cerrar la controversia.

Pero el título mariano que se impuso en la Zaragoza de la Contrarreforma fue, como ya hemos dicho, el de Nuestra Señora del Pilar. Bajo el manto protector de la tradición de la *Venida de la Virgen para confortar al apóstol Santiago y encomendarle la edificación de un templo en su honor*, el cabildo de Santa María la Mayor, envuelto ya en su tormentosa disputa con el de la Seo por la catedralidad, logró configurar un culto muy sólido que se sobrepuso a los reveses llegados desde la curia romana a raíz de las reservas que el cardenal Cesare Baronio había formulado respecto a la evangelización de la Península por el apóstol Santiago y todo lo que ello conllevaba.¹⁹

En 1613 el concejo hizo voto de guardar la fiesta de Nuestra Señora del Pilar en la jornada del 12 de octubre y celebrarla con procesión general.²⁰ Poco después los capitulares encontraron un gran aliado en el franciscano fray Diego Murillo, que con su *Fundación milagrosa de la Capilla Angélica* (1616) y su propuesta de hacer una soberbia imagen procesional de plata de la Virgen (1618-1620), concebida según el modelo de la venerada en la Santa Capilla,²¹ colocó el foco de atención en este santuario mariano. Y, casi a la vez, en 1620 el cabildo encargó un busto de plata de Santiago apóstol para que acompañara a la nueva imagen de la Virgen en las procesiones.²² Este proceso alcanzaría su punto culminante entre 1642, cuando el concejo eligió a Nuestra Señora del Pilar como patrona de la ciudad, y 1678, momento en que las cortes aragonesas extendieron su patronazgo a todo el Reino de Aragón.



Busto de Santiago apóstol. Concatedral de N^a S^a del Pilar. Claudio Yenequi, 1620. Foto Antonio Ceruelo.

La legitimidad del culto tributado a los santos a través de sus representaciones figuradas fue una de las grandes cuestiones debatidas en Trento, pues muchos sectores de la Reforma no la aceptaban. La reunión ecuménica puso un gran énfasis en la adopción de medidas orientadas a dignificar la veneración a los santos y el culto a sus reliquias, y a garantizar la ejecución de imágenes religiosas ortodoxas y decorosas desde un punto de vista doctrinal e histórico-filológico, si bien la aplicación práctica de lo segundo quedó en manos de los obispos y generó una extensa literatura especializada. El paralelismo con la situación que la Iglesia Bizantina había vivido durante la crisis iconoclasta (754-843) aconsejó acudir a dicho precedente y el decreto del 3 de diciembre de 1563, correspondiente a la sesión XXV, retornó a lo estipulado en el Concilio de Nicea (787), que defiende la existencia de imágenes de los santos y expresa que el culto que se les dispensa se refiere al arquetipo de los personajes efigiados.²³

Sin postergar el culto a los principales santos de la cristiandad, las iglesias locales pusieron en este momento un empeño especial en la reivindicación de sus santos particulares, unida a la veneración de sus reliquias. En Zaragoza esta idea logró su plasmación artística más brillante cuando la ampliación de la catedral liberó el flanco meridional del trascoro, justo enfrente de la capilla de San Bernardo que, como se recordará, acogía el mausoleo del arzobispo Aragón.

Entre 1557 y 1560 se colocó en esta parte del templo un magnífico *Calvario* incorporado a una arquitectura de yeso (reformada en este punto en 1720-1731 para encajar un baldaquino) en la que, en primer lugar, se alojaron imágenes de los obispos *San Valero*, patrón de la ciudad, y *San Braulio*, el gran prelado de época visigoda vinculado al santuario pilarista –ambas ahora en la embocadura de la capilla mayor–. Junto a ellos se dispusieron la *Comparecencia de San Valero ante Daciano* y *San Braulio interviniendo en un Concilio* y, más allá, imágenes de San Vicente y San Lorenzo acompañadas de sus respectivos martirios. De este modo, San Valero, San Braulio, San Vicente y San Lorenzo, los tres primeros zaragozanos y el cuarto, según se creía, oscense, comparecían ante los fieles como una acaba expresión de la Iglesia zaragozana en el contexto de un programa iconográfico diseñado con esmero al que el pintor Jerónimo Vallejo Cósida confirió unidad plástica y que materializaron el escultor Arnao de Bruselas y el entallador Juan Sanz de Tudelilla.²⁴ El ornato

20. Eliseo SERRANO MARTÍN, «Columnan duces habemus». Monumentos literarios sobre el Pilar de Zaragoza en el siglo XVII», en Ángela Atienza (ed.), *Iglesia memorable. Crónicas, historias, escritos... a mayor gloria. Siglos XVI-XVIII*, Madrid, Sílex, 2012, pp. 72-73.

21. M^a Ángeles LANASPA MORENO, *Las artes en Aragón en el siglo XVII según el Archivo de Protocolos Notariales de Zaragoza. De 1616 a 1618*, en Ana I. Bruñén, Luis Julve y Esperanza Velasco (coords.), *Las artes en Aragón en el siglo XVII según el Archivo de Protocolos Notariales de Zaragoza. De 1613 a 1696*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2005, t. II, doc. n^o 2-2807 (3225), consultado en red; Carmen MORTE GARCÍA y Carolina NAYA FRANCO, «La pervivencia de una devoción; la imagen procesional barroca de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, en plata, oro y gemas preciosas», *Ars & Renovatio*, 2 (2014), pp. 60-98; y M^a Angeles HYCKA ESPINOSA, *Expresiones culturales y artísticas en torno a la devoción de Nuestra Señora del Pilar. 1434-1669*, Tesis de Doctorado defendida en la Universidad de Zaragoza en 2017, pp. 122-127.

22. Una lujosa obra de excepcional calidad, realizada en 1620 por Claudio Yenequi a instancias del camarero Juan Jerónimo Funes y con el respaldo del cabildo, que costeó parte del precio. En Jesús CRIADO MAINAR, «Santiago apóstol y el Pilar de Zaragoza. El papel de las imágenes en el debate pilarista a comienzos del siglo XVII», en Antonio Duplá, M^a Victoria Escribano, Laura Sancho y M^a Angustias Villacampa (coords.), *Miscelánea de estudios en homenaje a Guillermo Fatafs Cabeza*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2014, pp. 207-213.

23. Ignacio LÓPEZ DE AYALA, *El Sacrosanto y Ecuménico...*, ob. cit., pp. 474-479. Véase asimismo Cornelia von der OSTEN SACKEN, *El Escorial...*, ob. cit., p. 28.

24. Los contratos los dio a conocer Manuel ABIZANDA BROTO, *Documentos para la historia artística y literaria de Aragón, procedentes del Archivo de Protocolos. Siglos XVI y XVII*, Zaragoza, Patronato Villahermosa-Guaqui, t. III, 1932, pp. 132-

138. Su estudio más completo corresponde a Jesús CRIADO MAINAR, *Las artes plásticas del Segundo Renacimiento en Aragón. Pintura y escultura (1540-1580)*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses e Institución «Fernando el Católico», 1996, pp. 262-271.

25. Buena parte del lado de la epístola se decoró entre 1584 y 1591 bajo la dirección del escultor Juan Rigalte. En Carmen MORTE GARCÍA y Miguel AZPLIQUETA OLAGUE, «El escultor Juan de Rigalte (1559-1600)», *Actas del V Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1987, pp. 46-49, y pp. 81-83, docs. núms. 20-21; Ángel SAN VICENTE, *Lucidario...*, ob. cit., pp. 378-379, doc. n^o 293; y Jesús CRIADO MAINAR, *Las artes plásticas...*, ob. cit., pp. 594-596, y pp. 849-850, doc. n^o 113. Para la conclusión del lado de la epístola y el ornato del lado del evangelio en el siglo XVII, véase MAR AZNAR RECUECO, «In memoria aeterna erit justus. Patrocinio artístico de las dignidades cesaraugustanas en el trascoro de la Seo durante el siglo XVII», en Javier Ibáñez (coord.), *Del mecenazgo a las nuevas formas de promoción artística. Actas del XIV Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, Prentas Universitarias de Zaragoza, 2017, pp. 302-320.

26. Juan Manuel DEL ESTAL, «Felipe II y su archivo hagiográfico de El Escorial», *Hispania Sacra*, XXIII (1970), pp. 193-335; Benito MEDIAVILLA MARTÍN, OSA, y José RODRÍGUEZ DÍEZ, OSA, *Las reliquias del Real Monasterio del Escorial*, Ediciones Escorialenses, 2004.

27. Ángel SAN VICENTE PINO, «La muerte despojada: entregas de reliquias», en Eliseo Serrano (ed.), *Muerte, religiosidad y cultura popular. Siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1994, pp. 172-174, doc. n^o 1.

28. José Luis BOUZA ÁLVAREZ, *Religiosidad contrarreformista y cultura simbólica del Barroco*, Madrid, C.S.I.C., 1990, pp. 47-58.

29. Ángel SAN VICENTE PINO, «La muerte despojada...», ob. cit., pp. 189-190, docs. núms. 8-9, pp. 191-195, docs. núms. 11-13, y pp. 196-197, doc. n^o 15.



Comparecencia de San Braulio en uno de los Concilios de Toledo y Martirio de San Vicente. Trascoro de la catedral del Salvador. Arnao de Bruselas, 1557-1560. Foto Luis Vasallo.

de los laterales se dilató en el tiempo y si bien incluye paneles con los martirios de San Pedro Arbués y Santo Dominguito de Val, carece de la unidad programática aplicada a lo anterior.²⁵

Respecto al culto a las reliquias, las noticias son abundantes y dan fe de que, más allá de los graves reparos que había manifestado la Reforma, no dejaron de constituir un elemento de interés para todos los estamentos de la sociedad católica. La nueva situación generó, en primer lugar, un tránsito de restos desde aquellos enclaves que habían quedado bajo control reformado –y en donde, por tanto, se encontraban en peligro– hacia el mundo católico; una tarea en la que destacó Felipe II, que reunió una colección excepcional en el cenobio escorialense que incluía numerosos ejemplares con esa procedencia.²⁶ En Zaragoza ha quedado constancia de algún testimonio similar, como el de Mateo Sebastián de Morrano, ujier de armas de Carlos V, que «rescató» una reliquia de San Pablo apóstol en la ciudad luterana de Worms (Renania-Palatinado) para donarla tiempo después (1569) a la parroquia del Gancho.²⁷

El movimiento de restos sacros más importante se produjo, pese a todo, dentro de territorio católico. Desde Roma, la ciudad martirial por excelencia, se distribuyó una cantidad ingente de preseas sacras. Así lo acreditan hallazgos como el efectuado en 1578 de unas galerías subterráneas situadas bajo una viña propiedad del bilbilitano Bartolomé Sánchez de Alda que formaban parte del *Caementerium Iordanorum*, convertidas en los años inmediatos en una cantera inagotable de supuestos vestigios martiriales.²⁸ Esta suerte de mercadeo –que es justo lo que más criticaban los reformadores– también alcanzó a nuestra ciudad, donde Francisco de Villalpando, vicario de Aguilón (Comarca del Campo de Cariñena), actuó como agente distribuidor de reliquias de procedencia y legitimidad hartamente discutible.²⁹

En la Ciudad del Ebro el caso más relevante fue, como era de esperar, el del monasterio jerónimo de Santa Engracia. Edificado sobre los restos de un cementerio romano, este enclave se asoció desde muy pronto con el culto a Santa Engracia, San Lupercio y los Dieciocho mártires, cuya pasión narró Prudencio en su *Peristéfano*, y a los que con el tiempo se sumaría San Lamberto. Citado como lugar de culto desde época altomedieval, el santuario de las Santas Masas quedó adscrito a la Diócesis de Huesca tras la Reconquista cristiana y su importancia se consolidó a raíz de la *inventio* de las reliquias de Santa Engracia y San Lupercio en 1320 y, según Jerónimo Zurita, de nuevo en 1389. Cuando en 1493 el santuario acogió la fundación de un monasterio jerónimo por voluntad de Juan II de Aragón, el concejo se reservó el patronazgo sobre las reliquias, depositadas en la cripta o iglesia baja del templo. A partir de entonces la relación del monasterio con la monarquía se intensificó y, con ella, las solicitudes de reliquias por parte de monarcas y otros miembros de la Casa Real.³⁰

Aportaremos, para concluir, un último testimonio de circulación de reliquias, en este caso dentro de la ciudad. En 1571 el arzobispo Aragón extrajo una «canilla» del brazo de San Lamberto en su sepulcro de la cripta de Santa Engracia con el propósito de entregarla a los padres trinitarios, que habían fundado su convento en 1522 «a media legua de la ciudad», en el lugar en el que la tradición situaba la decapitación del



Iglesia de la Inmaculada Concepción de la Compañía de Jesús, ahora del Seminario de San Carlos Borromeo. Pedro de Cuevas, Juan Jimeno y Pedro Calvete, 1569-1585; reformado por Pablo Diego Ibáñez entre 1723-h. 1742. Foto Antonio Ceruelo.

30. Ángel SAN VICENTE PINO, «La muerte despojada...», ob. cit., pp. 195-196, doc. n.º 14 [entrega de reliquias a la emperatriz María de Austria en 1582]; Eliseo SERRANO MARTÍN, «Huesos de santos. Santa Engracia y las entregas de reliquias en las entradas reales zaragozanas», en Manuel Peña (ed.), *La vida cotidiana en el mundo hispánico*, Madrid, Abada Editores, 2012, pp. 407-424, con mención detallada de la bibliografía que ha generado el estudio de esta cuestión.

31. Archivo Histórico de Protocolos de Zaragoza, Miguel Español menor, 1570-1571, f. 248, (Zaragoza, 22-XI-1571). Se hace eco de la noticia fr. Leon Benito MARTON, *Origen, y antigüedades de el subterráneo santuario de Santa maria de las Santas Massas, oy Real Monasterio de Santa Engracia de Zaragoza*, Zaragoza, Juan Malo, 1737, cent. 16, cap. 23, pp. 541-542.

32. Según refiere fray Diego MURILLO, *Fundacion milagrosa...*, ob. cit., tratado 2, cap. 39, pp. 329-332; y también Ángel SAN VICENTE, *Años artísticos de Zaragoza 1782-1833 sacados de los Años políticos e históricos que escribía Faustino Casamayor, alguacil de la misma ciudad*, Zaragoza, Ibercaja, 1991, p. 153, § 172, que probablemente toma la noticia del padre Murillo. El patronazgo del arzobispo se corrobora asimismo en Jesús CRIADO MAINAR, «El mecenazgo...», ob. cit., p. 154.

33. Miguel Ángel PALLARÉS JIMÉNEZ, «Dos noticias acerca de la iconografía de San Lamberto las vidrieras del refectorio del monasterio de Santa Engracia, y las bulas y estampas fraudulentas del impresor Pedro Hardouyn», *Aragonia Sacra*, IX (1994), pp. 65-66, y p. 79, doc. n.º 5.

34. Entre esos años se abrieron los colegios de la Inmaculada Concepción (1555, 1558) de la Compañía de Jesús; la Santísima Trinidad (1570) de trinitarios; San Vicente Ferrer (1584) y San Ildefonso (1604) de la Orden de Predicadores; San Diego de Alcalá (1601) de la Orden Franciscana; y San Nicolás de Tolentino (1605) de agustinos recoletos. Asimismo la cartuja de Aula Dei (1564) y los conventos de N.ª S.ª de la Victoria (1576) de franciscanos mínimos; San José (1594) de carmelitas descalzos; San Juan Bautista (1598) de la Orden Capuchina; y el de los agustinos recoletos (1602).

35. Los nuevos conventos femeninos añadidos a la nómina fueron los de San José (1588) de carmelitas descalzas; Santa Lucía (1588) de bernardas; N.ª S.ª de los Ángeles (1614) de clarisas capuchinas; la Encarnación (1615) de carmelitas calzadas; y, aunque no era propiamente un convento, el colegio de N.ª S.ª de la Misericordia o de las Recogidas (1596), sometido a la regla carmelitana.

36. Isidoro MIGUEL GARCÍA, *La Diócesis de Zaragoza en el siglo XVI...*, ob. cit., pp. 601 y ss.

37. Las circunstancias de su fundación se analizan en M.ª Isabel ÁLVARO ZAMORA, Jesús CRIADO MAINAR, Javier IBÁÑEZ FERNÁNDEZ y Naike MENDOZA MAEZTU, *El plano más antiguo de la ciudad. Descripciones literarias e imágenes dibujadas de la capital aragonesa en la Edad Moderna (1495-1614)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010, pp. 121-145. El análisis de su fábrica en Javier IBÁÑEZ FERNÁNDEZ y Jesús CRIADO MAINAR, «La arquitectura jesuítica en Aragón. Estado de la cuestión», en M.ª Isabel Álvaro, Javier Ibáñez y Jesús Criado (coords.), *La arquitectura jesuítica. Actas del Simposio Internacional*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2012, pp. 397-404 y 431-454.

38. Estudiado por M.ª Isabel OLIVÁN JARKE, *El convento de las Fecetas de Zaragoza. Estudio histórico-artístico*, Zaragoza, CAZAR, 1983.

39. Vicente GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, *El templo de San Ildefonso. Una bella muestra del Barroco zaragozano*, Cuadernos de Zaragoza, n.º 24, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1978; y Arturo ANSÓN NAVARRO, *El entorno del Convento del Carmen de Zaragoza. Una reconstrucción histórica y artística. Siglos XIII al XX*, Zaragoza, Elazar Ediciones, 2007, pp. 371-399.

40. Arturo ANSÓN NAVARRO, *El entorno del Convento del Carmen...*, ob. cit., pp. 251-314.

41. Nos parecen muy reveladoras las reflexiones formuladas a este respecto por Pilar LOP OTÍN, «Cuestión de estilo: destrucción de edificios religiosos en Zaragoza en los siglos XIX y XX», *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, CIV (2009), pp. 245-284.

mártir.³¹ El prelado cisterciense había sufragado la edificación de su iglesia —en la plaza de una vieja ermita—, el claustro y otras oficinas conventuales con un gasto de diez o doce mil ducados³² y suponemos que, a no dudar, también costearía la realización de un relicario para esta presea sacra seguramente en forma de brazo, pues el monasterio jerónimo ya tenía un busto de plata del santo, en el que se trabajaba en 1471.³³

La Zaragoza conventual, paradigma de *urbs sacra*

Una de las formas de evaluar el impacto que el Concilio de Trento tuvo en la vida de las ciudades de la Europa católica es revisar el crecimiento que experimentó la nómina de instituciones conventuales en época contrarreformista. El listado que recoge fray Diego Murillo en su *Fundación milagrosa de la Capilla Angélica* revela que entre 1555 —fecha de la llegada de los jesuitas— y 1616 —momento de la publicación de esta obra— el número se había duplicado: de nueve casas de religiosos se había pasado a un total de veinte³⁴ y los siete establecimientos de monjas existentes se habían incrementado con otros cinco para totalizar doce.³⁵

Este enorme esfuerzo, que aún se completaría con nuevas fundaciones en las siguientes décadas, pone en evidencia la función primordial que la Iglesia Romana confirió a las órdenes religiosas en su estrategia de confesionalización católica de la sociedad. Para ello, fray Hernando de Aragón se apresuró a «reformar» los conventos de las órdenes tradicionales de acuerdo con los preceptos tridentinos³⁶ al tiempo que la urbe recibía a algunos de los principales institutos religiosos de la Contrarreforma: la Compañía de Jesús, el Carmelo Descalzo o la Orden Capuchina, llamados a jugar —en especial los primeros— un papel muy relevante en el proceso. También interesa subrayar que una porción significativa de las entidades creadas en este momento fueron colegios vinculados a la naciente Universidad, concebidos con el propósito de que los individuos de las diferentes religiones tuvieran un acceso cómodo y efectivo a las enseñanzas de más alto nivel, como demandaban los preceptos conciliares, al tiempo que sus mejores teólogos se implicaban directamente en una empresa que, no se olvide, había salido adelante gracias al respaldo del prior y, más tarde, obispo Pedro Cerbuna.

De todo ese empeño, que redibujó la fisonomía de la ciudad, apenas ha quedado otra cosa que el imponente colegio jesuítico de la Inmaculada Concepción³⁷ —transformado en Seminario Diocesano tras el extrañamiento de la Compañía en 1767—, algunas iglesias conventuales como la de las Fecetas³⁸ —desde 2017 cedida para el culto anglicano— o la de San Ildefonso³⁹ —un templo magnífico que da cobijo a la desaparecida parroquia de Santiago— y diversos vestigios de los edificios conventuales de otras casas como el convento de mínimos de Nuestra Señora de la Victoria —que ahora alberga el Museo del Fuego y los Bomberos— o el femenino de San José del Carmelo Descalzo⁴⁰ —convertido en oficina municipal—. Primero la Guerra de la Independencia y los Sitios de Zaragoza (1808-1809), después la Desamortización de Mendizábal (1835) y, finalmente, el rechazo neoclasicista a la arquitectura barroca⁴¹ unido a un mal entendido afán de modernidad que conllevaba el desapego a todo lo «viejo», acabaron por desfigurar en el transcurso de los siglos XIX y XX la vieja Zaragoza de la Contrarreforma.